

LA CAIDA DEL IMPERIO

LOS QUERETANOS que se asomaron a puertas y balcones en silenciosa curiosidad para ver pasar al Emperador prisionero aquella mañana del 15 de mayo de 1867, notaron que bajo el ancho sombrero blanco jarano, aparecía un rostro pálido y demacrado, con la rubia barba empolvada y los azules ojos apagados y tristes.

Al rendirse al general Escobedo y ser trasladado a su prisión provisional del Convento de la Cruz, Maximiliano iba enfermo de alma y cuerpo. Sus labios exangües se esforzaban por esbozar una tenue sonrisa para aquellos que no mucho antes lo aclamaban pero que hoy, con la plaza ocupada por los liberales, guardaban melancólico silencio. Es un hecho que nadie, quizá ni sus propios enemigos, lo odiaban. Aquel bello príncipe lleno de bondad, de finura y delicadeza espiritual, era visto como lo que fue: una víctima de circunstancias adversas, un personaje trágico del destino.

Sabíase ya para entonces de la locura comprobada de Carlota y de que de su castillo de Miramar iba a ser trasladada por sus médicos y damas de honor, a Laecken en su nativa Bélgica. Y más conmiseración inspiraba el Soberano caído a su paso por las calles de Querétaro al sentir que aquella pena inmensa iba aparejada

a la de su detención y encarcelamiento, tal vez también a la de una probable ejecución.

Cuando se le dio como prisión la misma celda que ocupaba en el convento, apenas tuvo tiempo de desabotonarse el polvoriento uniforme de general mexicano que vestía. Cayó exhausto en su catre de metal, con el pulso vacilante y el cuerpo ardiendo en fiebre.

Fue entonces cuando se movieron influencias para que se le concediera un alojamiento más cómodo donde pudiese soportar su mal. El general Escobedo accedió en el acto y el Monarca fue trasladado al Convento de las Teresitas, un edificio en mejores condiciones que el de La Cruz, donde el enfermo, bajo los cuidados del Dr. Basch y el del médico mexicano Rivadeneira, logró recuperarse sensiblemente.

Allí fue a visitarlo Escobedo quien, si se han de creer las hipótesis históricas que sobre esa entrevista privada existen, quedó muy favorablemente impresionado del noble prisionero, pues Maximiliano cautivaba siempre a los que lo trataban. Pero, como Juárez, habría de ser inflexible para perdonarle la vida.

Muchas, incontables voluntades, se aprestaron a abogar por él ante los jefes republicanos. La princesa de Salm Salm, cuyo esposo era también prisionero de los liberales en Querétaro, se humilló ante Escobedo, hizo viajes especiales a San Luis Potosí para postrarse a Juárez con lágrimas en los ojos suplicándole que indultara a Maximiliano. Llegó su febril intento de salvar al príncipe, hasta a sobornar a la guardia que para su desgracia, fue relevada cuando ya estaba todo listo para hacer fugar al prisionero.

Todo fue en vano, porque a más de las negativas incommovibles de Juárez, no contaba con que el propio interesado se oponía

a una huída deshonrosa que lo hubiera salvado a él pero que habría dejado a Miramón, a Mejía y a sus oficiales mexicanos, austriacos y belgas que cayeron con el Imperio. Llegó el archiduque a decir que en el remoto caso de perdonársele la vida, no aceptaría aquella gracia si no se le concedía a sus generales también sentenciados, Miramón y Mejía.

Pero la suerte estaba echada desde aquel diez de abril de 1864 en que aceptó en Miramar la corona de México. Como hombre, podría habersele dejado partir, pero como Emperador que había venido a usurpar un poder ajeno, no cabía más que la ejecución. Así lo dictaba la ley promulgada por Juárez en 1862 que condenaba a muerte a quienes sin declaración legal empuñasen las armas en contra del gobierno constituido.

Hasta Víctor Hugo, el acérrimo enemigo de Napoleón III que en venganza de su destierro lo llamó "Napoleón el Pequeño", escribió una patética carta a Juárez pidiéndole clemencia para el príncipe de Austria.

Las casas reales europeas, a su vez, se dirigieron al Beneplácito en un último intento de salvar la vida de quien, irónicamente, habían abandonado cuando aún era tiempo de apoyarlo y sostenerlo en el trono.

¡Inútil! El fallo estaba dictado para escarmiento de todos los Napoleones del mundo. Aquel príncipe noble y bondadoso que en la aventura mexicana era tal vez el menos culpable de todos los que atentaron contra la soberanía de un país libre, debía ofrecerse en holocausto. Era su destino inmutable, el de un ser nacido para la Tragedia.

El 22 de mayo, atendiendo a una extraña orden, Maximiliano, el príncipe de Salm Salm y los demás generales prisioneros, fueron llevados al Convento de Capuchinas. De ahí habría de salir

junto con Miramón y Mejía, para el cadalso del Cerro de las Campanas.

Pero Maximiliano, un poco reanimado ya por los cuidados de su fiel médico Basch, esperaba aún, siempre iluso y soñador, el indulto para él y sus jefes leales. Rechazaba la huída vergonzosa e indigna, pero esperaba en cambio que se le dejase partir.

Relata Blasio, quien lo acompañó hasta su muerte, que hacía planes para el porvenir, aspirando, incluso, a escribir la historia de su reinado desde su estudio de Miramar o desde la cubierta de algún barco en altamar.

El 13 de junio, sin embargo, comenzó el proceso que de antemano, por la ley existente, condenaba a muerte al Emperador. Maximiliano no pudo asistir a su enjuiciamiento. Había recaído y guardaba cama en su celda.

Fue dispuesta su ejecución para el día 16 de junio, a las tres de la tarde. Con él debían ser fusilados los generales imperialistas Miguel Miramón y Tomás Mejía.

Maximiliano dispúsose a redactar sus últimas disposiciones. Vestido austeramente de negro, en defecto de su uniforme de general mexicano que había usado durante el sitio, dictó con voz grave y quebrantada, una carta a un solícito partidario suyo de Querétaro que le había dispensado innumerables atenciones en su prisión.

Decía:

"Lleno de confianza me dirijo a Ud. estando completamente desprovisto de dinero, para obtener la suma necesaria para la ejecución de mi última voluntad. Esta suma será devuelta a Ud. por mis parientes en Europa a los que instituyo mis herederos.

"Deseo que mi cadáver sea llevado a Europa cerca de la Emperatriz (Maximiliano creía que Carlota había muerto). Confío

este cuidado a mi médico, el doctor Basch. Ud. le entregará el dinero que necesite para el embalsamamiento y transporte, así como para el regreso de mis servidores a Europa. La liquidación de este préstamo se hará por mis parientes, por la intervención de las casas europeas que Ud. designe, o por pagarés enviados a México. El doctor antes citado hará con Ud. estos arreglos.

"Doy a Ud. las gracias más anticipadas por este favor que le deberé. Envío a Ud. mis saludos de despedida y deseándole felicidades, quedo suyo,

Maximiliano".

Junio 16 de 1867".

Otra carta semejante fue dirigida a Escobedo, y otra más al Presidente Juárez encareciéndole que indultara a los generales Miramón y Mejía. Esta última habría de encontrar la negativa de siempre.

Escribió también a Ministros, amigos y familiares el propio día que iba a ser ejecutado. Pero la fecha se cambió para el 19, tal vez en obediencia a las gestiones que aún se hacían en su favor.

Tres días más debía durar, pues, la agonía del Emperador.

Sereno y como si la certidumbre de su destino trágico lo hubiese libertado del abatimiento y la angustia de los días anteriores en que no conocía su triste fin, trataba de consolar a los que le rodeaban. Sus camaristas Tudos, Severo y Gril, el doctor Basch y su secretario Blasio lo miraban sin poder contener las lágrimas. Todo había sido inútil. Su señor caería traspasado por las balas republicanas y nadie podía evitarlo.

La princesa de Salm Salm, desesperada hasta lo infinito, lloraba su pena en las afueras del convento. Sus lágrimas fueron tal vez las más amargas y las más sinceras que se vertieron por el rubio archiduque.

Maximiliano se confesó y comulgó un día antes de su ejecución. Pidió al general Escobedo que su cadáver fuese embalsamado y enviado a Europa. Abogó asimismo, pero en vano, por las vidas de Miramón y Mejía que sabía sentenciados con él a muerte. Y como un rasgo final de nobleza, suplicó que del dinero confiscado, se le entregaran unas onzas de oro. Quería repartirlas entre los soldados que lo fusilaran. Así lo hizo, y se cuenta que el oficial que comandaba el pelotón titubeó y los soldados tuvieron que contener sus lágrimas.

Vestido de negro, con un paletó gris sobre los hombros del que después se despojó, y con el blanco sombrero jarano en la diestra, subió al carruaje negro de su último viaje. Lo precedían los de Miramón y Mejía.

Como un contraste al lúgubre y melancólico ambiente que se notaba en la ciudad, azorada y atónita ya por la evolución de los acontecimientos, aquella mañana del 19 de junio de 1867, era luminosa y límpida, y el cielo lucía bellamente azul.

"En un día tan hermoso como éste quería morir" —dicen que exclamó Maximiliano, como en éxtasis postrero de su alma artista y soñadora. Habría de ser hasta su último instante, un amante rendido de la Naturaleza.

Ya en el Cerro de las Campanas, con el pelotón listo para disparar, tuvo aún otro noble impulso al rogar a Miramón que se colocara en el lugar de honor, a su derecha.

Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo y lo entregó a su criado húngaro Tudos con la recomendación de que lo hiciera llegar a su madre, la Archiduquesa Sofía.

Después, con voz suave y la misma mirada dulce y tierna de sus ojos azules, esta vez perdida en el infinito, hizo votos por la felicidad de México.

“Mexicanos —exclamó quedamente—, que mi sangre sea la última vertida y mi desgraciada patria adoptiva pueda un día levantarse. ¡Dios bendiga a México!”

Fueron sus últimas palabras. Una detonación atronó el espacio. En el polvo del cerro se fundieron las sangres de un indio, un criollo y un príncipe europeo que pagó con su vida la ambición y la codicia ajenas.

Se habían matado en él a todos los imperialismos del futuro.

XXVI

EL EXODO FUNEBRE

TODO había terminado cuando el rubio archiduque de Austria cayó ensangrentado junto a Miramón y Mejía en la yerma falda del Cerro de las Campanas.

Se hizo un silencio profundo en el que aleteaba la consternación general. Hasta aquellos que habían apuntado contra el Emperador y palpaban tristemente la onza de oro que les había entregado como regalo postrero, miraban con pesadumbre el cuerpo inerte del hombre a quien le había tocado ser la víctima de un magno error.

Sus criados Grill y Tudos, de los pocos servidores del Imperio a quienes se dejó en libertad, contemplaron la dolorosa escena con la angustia en el alma y los ojos cintilantes de lágrimas.

Tudos apretaba como una reliquia el pañuelo con que Maximiliano se enjugó el sudor y que le había entregado como recuerdo para su madre, la Archiduquesa Sofía. También el sombrero blanco jarano que el Emperador había dejado a un lado junto a su gran paletó gris fueron recogidos con unción.

A poco se presentaron los camilleros. Venían a recoger los cadáveres de los fusilados y el del Emperador fue llevado al Convento de las Capuchinas de donde había salido hacia el cadalso unas horas antes. Allí se procedió a embalsamar el cuerpo y se le